

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace algo más de diez años que este libro fue publicado por primera vez, habiendo gozado de un notable favor del público lector, pues alcanzó a tener seis reimpresiones de aquella primera edición. Su formato y sus contenidos no han variado a lo largo este decenio de vida activa del libro, pero la historia de lo que solemos llamar el “mundo actual” ha experimentado grandes mutaciones durante esta larga década transcurrida. Las mutaciones podrían entenderse en un doble sentido. En el cambio de enfoque y en el tono narrativo aplicado a los dos siglos que quisimos contar en la primera edición o, en otro ámbito, a los acontecimientos y mudanzas que ha experimentado la historia mundial desde el año 2001, un año marcado por el ataque terrorista a las Torres Gemelas del World Trade Center de la ciudad de Nueva York.

Acometer la revisión en profundidad del texto ya publicado, aunque podría ser aconsejable, nos ha parecido que no compensaba el esfuerzo a que este trabajo nos habría obligado. Además, de un modo general, las grandes líneas interpretativas que aparecen en la primera edición del libro siguen siendo plenamente vigentes, de modo que, o bien se redactaba de nuevo todo el texto —con el peligro de acrecentar en exceso su volumen—, o bien era más coherente mantener la versión primigenia. Los libros suelen envejecer cuando están entreverados de un lenguaje de situación que los hace poco inteligibles para lectores no familiarizados con ello. Pero creemos que éste no es el caso y que tanto el vigor narrativo como el enfoque interpretativo pueden soportar una nueva edición.

En cambio nos ha parecido imprescindible, tanto a los responsables de la editorial como a los autores, que esta nueva edición diera cuenta de la década transcurrida. A cubrir este objetivo se dedica todo un nuevo capítulo, realmente más extenso que cualquiera de los

anteriores, en el que se ha pretendido contar tres grandes problemas. En primer lugar, hemos querido analizar el panorama geopolítico y estratégico abierto por la guerra contra el terror, las nuevas formas de diplomacia y la aparición de potencias emergentes que, como los BRICS, están colocando en primer plano de la historia mundial el océano Pacífico. Lo que, desde posiciones eurocéntricas y occidentalistas, solemos llamar Extremo Oriente está dejando de serlo a gran velocidad para perfilarse como un lugar central del relato histórico del siglo XXI. En segundo lugar, explicar en clave histórica la génesis de la enorme euforia económica que alcanzó niveles de “burbuja” financiera en esta primera década del siglo actual, pero que hunde sus raíces en el gran viraje que en las políticas económicas tanto de los países occidentales como de las economías emergentes se diseñaron desde fines de los setenta de la pasada centuria. Aunque hace diez años ya se anunciaban claramente algunos de estos comportamientos, sólo la profundidad de la gran recesión económica desencadenada en los países occidentales desde 2007 ha permitido ver con suficiente claridad la dimensión de estos cambios y las causas que los explican. En un esfuerzo de contextualización histórica, hemos pretendido comparar esta crisis con sucesos análogos, como la crisis de 1929 o la gran crisis de fines del siglo XIX, precedentes más o menos lejanos del proceso de globalización en el que se inserta la dinámica económica actual. Y, en tercer lugar, hemos querido completar el análisis que hace diez años hacíamos del cambio de milenio como un tránsito hacia un nuevo modelo de civilización, dando cuenta de las profundas mudanzas que han supuesto tanto las nuevas tecnologías como la propia globalización económica para la vida de millones de personas y para sus formas de relación social y de vinculación con los poderes públicos y, en general, con la política.

Las conclusiones a que permite llegar el análisis de esta década intensa y convulsa no son muy alentadoras. La guerra contra el terror no ha convertido al planeta en un lugar más seguro y habitable, sino todo lo contrario. El fracaso del consenso keynesiano y la difusión de un paradigma de política económica que penaliza la capacidad de intervención de los poderes públicos como agentes reguladores de la actividad de los grandes actores económicos y financieros ha abierto la puerta no sólo a una profunda crisis del Estado de bienestar, sino a una progresiva fractura social y a un incremento de la desigualdad, no sólo entre países, sino también dentro de éstos. Las consecuencias de la recesión o de la “turbulencia” en la que están viviendo muchas economías (especialmente, las occidentales) tienen un efecto directo

sobre la capacidad de los poderes públicos para hacer frente a las demandas de los ciudadanos, lo que abre interrogantes muy serios sobre la capacidad de combinar valores democráticos, sobre la viabilidad de los estados nacionales y sobre el complejo proceso de globalización. Si hace diez años confiábamos en la capacidad de respuesta de la humanidad a los retos de la solidaridad y del progreso, con mayor convicción debemos sostener esta esperanza a día de hoy. Que se logre este objetivo depende cada vez más del uso inteligente e interactivo que la sociedad actual y sus generaciones más jóvenes sepan hacer de las oportunidades que brindan las nuevas tecnologías y de valores como el respeto al medio ambiente, a la igualdad de género o a tener un mundo en paz. Confiamos en que, pasado un tiempo, si tenemos la ocasión de afrontar una nueva edición de este libro, podamos confirmar estas expectativas.

Unas breves palabras finales son obligadas. En primer lugar, de información sobre la preparación de esta segunda edición del libro, que ha recaído de forma exclusiva en Ramón Villares, aunque evidentemente se mantiene la responsabilidad compartida sobre el conjunto del libro por parte de los dos autores. Y, en segundo lugar, para agradecer como entonces la paciencia y generosidad de la responsable editorial, Inés Vergara, que habiendo participado en la gestación de la primera edición se halla ahora al frente de este sello editorial, del que mucho nos complace seguir formando parte. Y, finalmente, también deseamos agradecer al público lector su confianza en este libro que, en esta nueva versión, podrá leer tanto en formato convencional como en soporte digital. Es la forma de corresponder en la práctica a las previsiones de futuro que, desde la perspectiva histórica, mantenemos en este libro.

Santiago de Compostela, abril de 2012

PRÓLOGO

Éste es un libro de historia, que trata de forma sintética y a la vez sistemática, la evolución del mundo durante los dos últimos siglos del segundo milenio, los que solemos denominar como el “largo” siglo xix y el “corto” siglo xx. La idea que ha guiado su redacción es la de exponer problemas centrales del mundo contemporáneo, sin renunciar al arma favorita del análisis histórico, que es la fijación precisa de los acontecimientos dentro de las coordenadas de espacio y tiempo. La perspectiva adoptada, claramente eurocéntrica en los temas que se ocupan del siglo xix, se hace cada vez más mundial en el enfoque de los problemas del siglo xx, para terminar con una reflexión sobre el legado que la última centuria deja para el tercer milenio recién estrenado, en el que el historiador habrá de estar cada vez más atento a la dimensión global o planetaria de los hechos analizados, aunque trate de asuntos propiamente locales. En cualquier caso, hemos preferido siempre el análisis general —aunque con frecuencia se circunscriba al ámbito de Europa occidental— que la inclusión de estudios de caso.

El espacio que estas dos centurias ocupan en el texto es, sin embargo, inversamente proporcional al de la extensión temporal que se les adjudica. La razón de este desequilibrio no es debido a un capricho personal de los autores, sino al hecho de que el siglo xx se ha caracterizado tanto por la gran densidad de sus mudanzas como por la aceleración del tiempo histórico, especialmente perceptible en los dos últimos decenios. La historia no ha llegado a su final, sino que corre de forma más veloz, de modo que el futuro es cada vez menos remiso a comparecer ante nosotros, e incluso lo hace de forma imprevista, como ha sucedido en 1989.

Pero el futuro no fue tan veloz en el pasado. Lo que ha sucedido en estos dos últimos siglos es que nuestra visión del mundo se ha ido transformando de un modo radical hasta el punto de que casi se ha invertido, si la comparamos con la que se tenía del mismo a finales del si-

glo XVIII, en los umbrales de la modernidad. Entonces el mundo era grande en la distancia y el espacio conocido realmente pequeño. Hoy es justamente lo contrario. Hemos pasado de la “aldea rural” de la época preindustrial, limitada en sus relaciones externas y estable en su modo de reproducción social e institucional, a la “aldea global” de la sociedad de la información. En ella los flujos e intercambios no sólo son masivos, sino que están parcialmente desprovistos de la limitación impuesta por la distancia en tiempo y espacio, al menos para una minoría de la población mundial (en torno a su sexta parte), que se halla provista de las herramientas tecnológicas necesarias para navegar por la aldea global. Podría decirse que estamos en el camino hacia una nueva civilización, que todavía no sabemos definir bien, pero que al menos, como historiadores, percibimos como algo claramente diferente de la que forjó la sociedad industrial de principios del siglo XIX. De la naturaleza de los cambios que han hecho posible que en dos siglos haya tenido lugar esta transformación radical es de lo que se ocupa este libro.

El “largo” siglo XIX, que hunde realmente sus raíces en la “doble revolución” (económica y política) desencadenada a fines del siglo XVIII en el hemisferio occidental, se analiza en los cinco primeros capítulos, en los que se resumen amplios procesos históricos como el de la industrialización, la afirmación del liberalismo político, las transformaciones sociales y culturales de la sociedad burguesa del siglo XIX o las vías seguidas por Europa para asentar su hegemonía mundial, en tiempos del imperialismo. A esta presentación global del “largo” siglo XIX sirve de colofón el acontecimiento que actúa de gozne entre ambos siglos, que es la I Guerra Mundial. Hecho decisivo, que cierra abruptamente la fase más europea de la historia de la humanidad y que, a la vez, se puede considerar como la auténtica partera del “corto” siglo XX, una centuria apodada americana y que, tal vez por ello, ha acabado por ser global o planetaria.

La Gran Guerra certifica no sólo el declive de Europa o el principio de la experiencia soviética, sino la apertura del protagonismo histórico para sujetos que la sociedad burguesa y liberal del siglo XIX había mantenido en penumbra. La gran transformación del siglo XX está contenida en un amplio proceso de emancipación social y política, que abarca tanto las clases como las naciones, que se resume a partes iguales en la difusión de la democracia política y en el extraordinario crecimiento económico. La argamasa que hizo viable esta transformación fue la aplicación masiva de la ciencia al proceso productivo, a través de una revolución científico-técnica cuyos efectos son hoy visibles en la propia vida cotidiana. La sociedad actual, atrapada entre la fuerza de lo

local y lo global, definida por ser una “sociedad-red” (en la celebrada visión de Manuel Castells) o una “sociedad del riesgo” (en la perspectiva de Ulrich Beck), se ha configurado como tal a lo largo del siglo xx y, muy especialmente, en su segunda mitad. Nuestra tarea como historiadores ha sido no sólo dar cuenta de esta realidad, en una perspectiva compartida con economistas o sociólogos, sino reflejar con precisión la génesis de la misma.

A pesar de la intensidad con que la humanidad ha vivido el siglo xx, no es desacertado pensar, igual que Hobsbawm, que se trata de una centuria “corta”, cuyo final se habría producido con la caída del muro de Berlín, unos años antes del término cronológico del siglo o, con una perspectiva que nos parece todavía más convincente, ese final habría tenido lugar hacia la década de los setenta, cuando se produce una suerte de crisis civilizatoria, plasmada en el tránsito desde una sociedad industrial a una sociedad de la información y del conocimiento. Por eso titulamos el último capítulo, con menor pretenciosidad de lo que cabría suponer, como una reflexión que ya trata del siglo xxi.

En la historia del siglo xx nos ocupamos básicamente de cuatro grandes problemas. En primer lugar, los logros y conflictos que atenuaron el periodo de entreguerras, en el que se desarrolló una lucha, con alianzas cambiantes, entre tres modelos sociales y políticos: la democracia liberal, el fascismo y el comunismo. La II Guerra Mundial fue el escenario en el que esta lucha se hizo más patente, con el resultado de la derrota del fascismo como “enemigo común” de la democracia occidental y del comunismo soviético. En segundo lugar, de una de las experiencias más cautivadoras y, a la postre, más decepcionantes que presenció el siglo xx, como fue la Revolución soviética, la construcción del socialismo en la URSS y, bajo la influencia soviética, la constitución de regímenes socialistas en Europa oriental, en China y en algunos países del Tercer Mundo. Fue la gran ilusión del siglo para millones de personas de todo el planeta, desde jornaleros campesinos hasta sofisticados intelectuales. En tercer lugar, de los paisajes que se abrieron tras el final de la guerra, que oscilaron entre el miedo mutuo de los dos grandes bloques hasta entonces aliados —lo que condujo al bipolarismo y la confrontación en forma de “guerra fría”— y la convicción de que no podían repetirse los errores de la primera posguerra y que, por tanto, era preciso un gran pacto social entre la acción de los estados y las demandas de las clases sociales. Se abrió así el camino hacia los “años dorados” de la expansión económica y la consolidación del Estado de bienestar en la mayoría de los países occidentales y en algunos otros de América, Extremo Oriente y Oceanía.

En cuarto lugar, nos ocupamos de la evolución seguida por los imperios coloniales creados a fines del siglo XIX y velozmente disueltos en la segunda mitad del siglo XX. Fueron la descolonización y el nacimiento del Tercer Mundo procesos no sólo coetáneos, sino complementarios, que abrieron el camino de la independencia para cientos de millones de habitantes del continente afroasiático, pero que también hicieron más patente la desigual distribución de la riqueza y el desequilibrio entre el norte y el sur. El final cronológico del siglo XX ha mostrado hasta qué punto la “aldea global” esconde una gran diversidad de sus habitantes, cuando en cualquier informe de los organismos internacionales se reconoce que un 6 por ciento de personas poseen la mitad de la riqueza del mundo y quizá todas ellas residan en los Estados Unidos de América.

Ésta es la situación actual, que admite lecturas optimistas y pesimistas o, en términos más simplificados, puede combinar el selecto “espíritu de Davos” con el más democrático “sentimiento de Porto Alegre”. Conocer lo que nos depara el futuro no es tarea del historiador ni, probablemente, de ningún otro científico social. Nuestro propósito no es hacer profecías, sino analizar los procesos mediante los cuales han podido tener lugar los hechos que contamos. En sustancia, éste es el mensaje de este libro. El mundo contemporáneo ha presenciado una evolución en la que el dominio del hombre sobre la naturaleza ha hecho progresos deslumbrantes, gracias sobre todo a la capacidad que los países industrializados han tenido para combinar crecimiento económico y transformaciones sociales y políticas, con una aplicación sistemática de los avances científicos a la resolución de las necesidades de la humanidad. Pero también es evidente que el mundo de nuestros abuelos ha vivido —y generado— grandes conflictos y catástrofes y, sobre todo, ha bajado en algún momento a los pozos más profundos de la indignidad moral y la opresión humana, por no mencionar las agresiones sufridas por el medio natural y los recursos disponibles.

Sin embargo, si algo nos reconforta en este año auroral del tercer milenio es comprobar que, a pesar de la difusión acrítica de la ideología de la globalización, existe una amplia contestación social a la misma, también de ámbito global, que abre la perspectiva de un futuro concebido a escala humana. Como observó en los ochenta del siglo XX el sociólogo Norbert Elias, un testigo casi nonagenario de la centuria, “una particularidad de nuestro tiempo es que no se aceptan como algo natural y como maldición divina” hechos como la miseria en la que viven miles de millones de habitantes del planeta. La solidaridad no es todavía ni eficaz ni masivamente compartida, pero conviene advertir

que es mucho mayor que la existente tan sólo medio siglo antes. La lectura de la historia nos advierte claramente del peligro que corren las visiones unilaterales, pues toda mudanza histórica contiene en su seno lo mejor y lo peor. Así sucedió con la industrialización, así sucedió con la expansión imperialista de Europa, así sucedió con las grandes guerras mundiales y así sucede, sin duda, con el actual proceso de la globalización. Esperamos que los contenidos de este libro permitan ilustrar al lector sobre este carácter dual, cuando no contradictorio, que porta en su seno la evolución histórica.

* * *

Este libro es el resultado de una colaboración mantenida desde hace tiempo entre sus dos autores, que se ha plasmado en alguna publicación anterior. En esta ocasión, el texto se ha concebido como un amplio ensayo interpretativo de las claves del mundo contemporáneo, porque nos ha interesado más contestar a algunos interrogantes que contar muchos detalles y hechos concretos, por importantes que éstos sean. Sin embargo, conscientes de que en la realidad histórica resulta decisivo el papel de algunos individuos, hemos incorporado al texto una selección de biografías que no sólo amplían información sobre el mundo contemporáneo, sino que tratan de hacer justicia con algunos de los grandes protagonistas individuales que forjaron el mundo actual. El plan general del libro, así como la distribución de sus contenidos y la selección de las figuras biografiadas, ha sido realizado de forma conjunta por ambos autores, aunque la redacción de cada capítulo haya sido hecha —a pesar de las facilidades que la tecnología actual pone a nuestra disposición— de forma individualizada: los capítulos 1 al 6, 9, 13, 15 y 17 corresponden a Ramón Villares, mientras que los capítulos 7, 8, 10, 11, 12, 14, 16 y 18 han sido escritos por Ángel Bahamonde. Es claro que la responsabilidad sobre el conjunto del libro es mutua y solidaria.

Pero un libro no es una obra que sea posible con la sola voluntad de sus autores. Nunca ha sido así y menos lo es en el complejo proceso editorial actual. Por eso nos complace reconocer nuestra gratitud a María Cifuentes, directora de la Editorial Taurus, y sus editoras Inés Vergara y Beatriz Cobeta. Todas ellas han puesto más pasión y cariño en el libro del que sería exigible, colmando ampliamente las expectativas que como autores habíamos puesto en la obra. Confiamos en que los lectores no nos desmientan, ni a unos ni a otras.

Madrid/Santiago de Compostela, febrero de 2001

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

CAPÍTULO 1

PROMETEO LIBERADO.

TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS E INDUSTRIALIZACIÓN

Hasta mediados del siglo XVIII, la humanidad había realizado grandes adelantos tanto demográficos y materiales como culturales y científicos, pero la fortaleza de estos cambios no había sido lo suficientemente sólida como para iniciar una nueva etapa histórica. Por el contrario, en muchos casos permanecieron bloqueados o sin capacidad de proyección hacia el futuro. Fue el caso de las civilizaciones islámica o china, que entraron en vía muerta hacia el siglo XVI, pese a su evidente equipamiento científico. Frente a ellas, Occidente comenzó a adquirir ventaja desde el siglo XVI, posición que se consolidó a partir del siglo XVIII. Fue entonces cuando empezó un proceso, que conocemos como revolución industrial, que trastocó de forma decisiva y constante la vida de la humanidad. Un elemento central de esta mutación histórica fue la capacidad de aplicar el conocimiento científico al proceso productivo, bajo la forma de tecnología. Por tanto, hasta mediados del siglo XVIII, la capacidad de Prometeo de mejorar la vida de los hombres no podía llevarse a efecto, por hallarse “encadenado” por decisión de su primo Zeus. Fue entonces cuando se deshizo de sus cadenas y se liberó.

En este capítulo contaremos, en líneas generales, este proceso de mutación histórica que, habiendo comenzado a mediados del siglo XVIII, conocemos como industrialización. Es la primera fase de una transformación que tendrá todavía mayor aceleración en el siglo XX. Pero lo que importa no es sólo la profundidad de los cambios, sino su dirección. Y el cambio de orientación se produjo aproximadamente hace un cuarto de milenio, en Europa occidental y más concretamente en la isla mayor de las británicas. Fue donde Prometeo comenzó a desencadenarse.

Desde mediados del siglo XVIII tiene lugar una transformación profunda de la estructura económica del mundo, que se halla asociada a la revolución industrial y a sus efectos más inmediatos sobre el aumen-

to de la productividad, modificación (y mejora, a largo plazo) de la calidad de vida y aplicación masiva de la tecnología al proceso de producción de bienes y mercancías. La transición de una sociedad rural y artesanal a una sociedad urbana, industrial y diversificada es un proceso complejo, localizado espacialmente y no exento de conflictos. Pero la expansión de la población, que se duplica en poco más de un siglo, la aparición de una economía capitalista en el Occidente europeo y en Estados Unidos de América, el dominio progresivo del espacio planetario son algunos ejemplos de estas modificaciones. El siglo que va desde fines del XVIII hasta la I Guerra Mundial es una época de cambios profundos, de transición desde un mundo pequeño, europeo y atlántico a un mundo global, de integración progresiva de hombres, economías, estados y culturas. Como ha observado D. Landes, la revolución industrial, “que acercó a todos los países del mundo”, también “lo empequeñeció y lo homogeneizó”, en el sentido de que lo hizo más accesible y globalizado. Fue entonces cuando se forjó la “gran transformación” asociada a las revoluciones económicas y políticas de fines del XVIII, cuyos efectos constituyen la antesala de la sociedad en la que vivimos.

UN MUNDO “GRANDE”, PERO DESINTEGRADO

Los hombres del siglo XVIII tenían una visión del mundo muy diferente a la actual, en que podemos asistir desde nuestro domicilio a guerras lejanas, ver la profundidad de los mares o presenciar la llegada a la luna. Para un europeo de hace doscientos años, incluso un ilustrado y sabio, gran parte del planeta era todavía desconocida o no había sido explorada, a pesar de haberse conquistado entonces grandes regiones, como Siberia, la Pampa u Oceanía. Las migraciones de un continente a otro no eran todavía masivas, a pesar de la experiencia de la colonización de América. Las comunicaciones eran, por otra parte, difíciles y lentas. La respuesta a una carta enviada desde Londres a Calcuta podía tardar dos años. Las distancias, mayores en tiempo que en espacio, hacían a su vez más grande este mundo, casi inabarcable. Desplazarse de París a Viena, y no digamos a San Petersburgo, era una tarea casi inabordable. El mundo “conocido” se reducía, pues, al espacio europeo y a las colonias dependientes de los grandes imperios ibéricos, francés y anglo-holandés. En sustancia, como ha dicho Eric Hobsbawm, se combinaba la existencia de un “mundo grande” (por ignorancia o distancia) y un “mundo pequeño”, una pequeña parte del planeta,

aquella que era verdaderamente conocida, aunque las distancias fuesen enormes en tiempo.

Era un mundo limitado, poco integrado y, además, basado en una economía de carácter agrario. El predominio de la agricultura era la norma general, así como la condición no urbana de los asentamientos humanos (80 por ciento en Italia, 95 por ciento en Rusia). Sólo algunas ciudades, como Londres o París, alcanzaban un tamaño significativo. La agricultura no era, sin embargo, uniforme. En la Europa occidental predominaba la figura del campesino libre, sujeto a pago de rentas, pero capaz de iniciar los primeros pasos de una “revolución agrícola” en algunas regiones, como Holanda e Inglaterra, basada en la supresión del barbecho y en la difusión de una agricultura mixta, que integra cultivos y explotación ganadera. En la Europa oriental (al este del río Elba), por el contrario, la norma era la agricultura de carácter extensivo, basada en la existencia de un campesinado sometido al régimen de servidumbre. Fuera de Europa, adquirió gran expansión la agricultura de monocultivo, basada en la explotación de mano de obra esclavista (Antillas, sur de Estados Unidos, Brasil), especializada en la producción de algodón, azúcar y otros productos llamados desde entonces “coloniales”.

Las dimensiones de esta sociedad del siglo XVIII también se reflejan en sus efectivos demográficos. La población estimada del mundo era, a principios de siglo, de 680 millones de habitantes (dos veces y media la existente en tiempos de Cristo), para terminar la centuria con 954 millones (entre cinco y seis veces menos de la actual). Aunque la principal concentración demográfica se hallaba ya en el continente asiático (especialmente en China), existían grandes páramos demográficos, como América, que experimentarán un enorme incremento durante la época contemporánea. El mundo en el siglo XVIII estaba, pues, en un proceso de cambio moderado que, sin embargo, se encontraba en puertas de una mutación cualitativa decisiva, a través de las grandes transformaciones iniciadas a fines de la centuria.

PROTOINDUSTRIALIZACIÓN

El siglo XVIII no fue, sin embargo, un periodo de espera. Durante la centuria tiene lugar en Europa occidental una lenta diversificación económica que, en cierto modo, prepara el posterior proceso de industrialización. Hay dos sectores económicos en los que este impulso es especialmente importante. El de los intercambios comerciales, rea-

lizados sobre todo por Francia e Inglaterra con sus posesiones coloniales, una vez superada la hegemonía que había alcanzado Holanda como potencia comercial; y, en segundo lugar, el de la aparición de una potente economía agraria, generalmente de carácter doméstico, que ha merecido la denominación de protoindustrialización o, en términos de la época, “industria rural”.

El impulso comercial del siglo XVIII consiste sobre todo en un comercio a larga distancia y se basa en dos pilares. Por una parte, los intercambios de bienes de consumo o suntuarios procedentes de fuera de Europa (especias, café, té, azúcar) que ya eran parcialmente (las especias) uno de los fundamentos del gran comercio medieval dominado por los venecianos desde el Mediterráneo oriental. Ahora la gran ruta comercial se establece con América, desde el río de La Plata y Brasil hasta el Caribe y las colonias británicas del norte. Aunque los viejos imperios ibéricos seguían detentando un poder formal sobre gran parte de estos territorios americanos, la presencia naval francesa e inglesa resultó ser cada vez más decisiva. Ni Lisboa ni Cádiz evitaron su papel de puertos comerciales subordinados, dedicados al comercio de reexportación de productos entre Europa y América.

Por otra parte, se incorporan cada vez más a los circuitos comerciales bienes manufacturados, bien procedentes de India (los tejidos conocidos como indianas), bien producidos por la industria textil doméstica europea (tejidos de lana y lino). La hegemonía comercial durante este periodo corresponde a los europeos (tres cuartas partes del comercio mundial), en especial a Francia e Inglaterra. La flota inglesa suponía, a fines de siglo, más de la cuarta parte de la flota europea y era, además, la que desarrollaba más claramente las funciones que le serán propias durante el siglo XIX: exportaba bienes manufacturados (54 por ciento del total) e importaba materias primas (83 por ciento del total). El desarrollo comercial del siglo XVIII contribuyó a preparar no sólo la industrialización, sino el dominio europeo del mundo durante un siglo.

La aparición de una potente industria rural doméstica anterior a la revolución industrial es el hecho más destacado por los historiadores del último cuarto de siglo. Aunque no existe relación mecánica de continuidad entre protoindustrialización e industrialización (regiones como Flandes, Irlanda o Galicia serían ejemplos de ello), esta industria rural está en la base del desarrollo del gran comercio, de la especialización agraria de carácter interregional y de la acumulación de capital comercial. Las características de esta industria son tres.